Estudio Expositivo de la Carta a los Efesios

Introducción y seis lecciones en prosa continua

Citas bíblicas: Reina-Valera 1960

Contenido

Introducción a la Carta a los Efesios 3

Lección 1: Nuestras Riquezas Espirituales y el Plan Trinitario en Cristo 6

Lección 2: De la Muerte a la Vida: El «Poema» de Dios y la Reconciliación en un Solo Cuerpo 10

Lección 3: El Misterio Revelado: El Lugar de la Iglesia en el Propósito Eterno 14

Lección 4: La Unidad del Espíritu, la Madurez del Cuerpo y el Vestuario del Nuevo Hombre 18

Lección 5: Andar como Hijos de Luz y la Gloria de Cristo en la Familia Cristiana 22

Lección 6: Relaciones de Servidumbre, la Armadura de Dios y el Ejército de Cristo 26

INTRODUCCIÓN

Introducción a la Carta a los Efesios

«A los santos y fieles en Cristo Jesús» (Efesios 1:1)

Texto base: Efesios 1:1; 3:1; 6:20-21

Introducción

La carta a los Efesios ha sido llamada con frecuencia la cumbre de la revelación paulina. En apenas seis capítulos, Pablo recorre el propósito eterno de Dios, desde la elección «antes de la fundación del mundo» (Efesios 1:4) hasta la lucha del creyente contra «las asechanzas del diablo» (Efesios 6:11). Es una carta que mira al cielo y a la tierra a la vez: nos muestra lo que Dios ha hecho en Cristo y lo que espera ahora de quienes han sido salvos.

A diferencia de otras epístolas, Efesios no responde a una crisis doctrinal ni a un problema disciplinario específico. Pablo no corrige aquí a una iglesia extraviada, sino que enseña a una iglesia sana a comprender la grandeza de su llamamiento. Por eso es una carta ideal para quien desea conocer, de forma ordenada, quién es en Cristo y cómo debe vivir en consecuencia.

Antes de entrar en su contenido, conviene responder cinco preguntas básicas: a quién fue escrita, quién la escribió, cuándo, qué enseña y por qué debemos estudiarla.

1. A quién va dirigida (Destinatarios)

Pablo dirige la carta «a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso» (Efesios 1:1). Sus destinatarios son cristianos, es decir, personas ya redimidas, a quienes el apóstol desea profundizar en el conocimiento de su salvación.

Éfeso era la ciudad principal de la provincia romana de Asia, un importante puerto comercial y el centro de adoración a la diosa Diana (Hechos 19:23-35). Pablo había permanecido allí cerca de tres años enseñando (Hechos 19:8-10; 20:31) y se había despedido con emoción de los ancianos de esa congregación (Hechos 20:17-38). Era, por tanto, una iglesia muy querida por el apóstol.

La frase «en Éfeso» falta en algunos de los manuscritos más antiguos, y el tono general de la carta es más doctrinal que personal, pues no contiene saludos individuales. Por ello, muchos estudiosos concluyen que fue enviada también como carta circular para ser leída en varias congregaciones de Asia Menor (compárese Colosenses 4:16). En todo caso, su mensaje es para todos los santos.

2. Quién escribe (Autor)

El autor se identifica como «Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios» (Efesios 1:1; 3:1). Su autoridad no proviene de él mismo, sino de Dios.

La carta fue escrita mientras Pablo estaba prisionero en Roma (Hechos 28:16, 30; Efesios 3:1; 4:1; 6:20). Él mismo se llama «embajador en cadenas» (Efesios 6:20), y Tíquico fue el portador del escrito (Efesios 6:21-22). Pertenece al grupo de las epístolas de la prisión, junto con Filipenses, Colosenses y Filemón (Filipenses 1:12-14; Colosenses 4:7-18; Filemón 1:1, 10-13). Efesios y Colosenses guardan una estrecha afinidad temática.

3. Fecha

La carta fue redactada aproximadamente entre los años 60 y 63 d. C. (alrededor del 62 d. C.), durante el primer encarcelamiento de Pablo en Roma, tiempo en que Lucas cierra el libro de Hechos con el apóstol predicando «sin impedimento» (Hechos 28:30-31).

4. Temas principales

El primer gran tema es la Iglesia como cuerpo de Cristo. La Iglesia universal se presenta como el cuerpo en el cual Cristo ejerce su señorío como cabeza suprema (Efesios 1:22-23; 5:23; Colosenses 1:18). El segundo son las bendiciones espirituales: Pablo alaba el plan del Padre al elegirnos (Efesios 1:4-6), la redención comprada por el Hijo con su sangre (1:7-12) y el sello del Espíritu Santo como garantía de nuestra herencia (1:13-14).

El tercer tema es la reconciliación y la unidad de judíos y gentiles: Cristo derribó «la pared intermedia de separación» mediante la cruz para crear en sí mismo «un solo y nuevo hombre» (Efesios 2:11-16; 3:6). El cuarto es la unidad del Espíritu, que Pablo exhorta a guardar sobre la base de los «siete unos»: un cuerpo, un Espíritu, una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo y un Dios y Padre de todos (Efesios 4:3-6).

El quinto tema es la conducta práctica. La carta instruye a despojarse del «viejo hombre» y vestirse del «nuevo hombre» (Efesios 4:22-24), a andar en amor y en luz (5:2, 8), a vivir en orden en el hogar (5:21–6:4) y a vestir toda la armadura de Dios para resistir en el día malo (6:10-18).

5. Por qué debemos estudiar esta carta

Debemos estudiarla, en primer lugar, para comprender nuestra riqueza e identidad espiritual. Efesios evita que el cristiano viva en pobreza o ignorancia, pues revela las bendiciones celestiales que Dios nos ha dado en Cristo por gracia (Efesios 1:3; 2:8-10).

En segundo lugar, para valorar el propósito eterno de la Iglesia. La carta nos recuerda que la Iglesia es la «nueva humanidad» y el medio por el cual se da a conocer la multiforme sabiduría de Dios (Efesios 3:10-11).

Y en tercer lugar, para transformar la vida práctica y las relaciones. Efesios ofrece normas bíblicas directas para la conducta ética personal (Efesios 4:25-32), la armonía familiar y laboral (5:21–6:9) y el equipamiento espiritual para la batalla contra el mal (6:10-18).

6. Conclusión

La carta mantiene un equilibrio perfecto entre la sección doctrinal (capítulos 1 al 3), sobre el llamamiento celestial, y la sección práctica (capítulos 4 al 6), sobre la conducta terrenal. La doctrina conduce a la práctica, y la práctica se sostiene en la doctrina.

Pablo desafía finalmente a todo creyente a «andar como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Efesios 4:1), para que a Dios sea la gloria «en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades» (Efesios 3:21).

LECCIÓN 1

Nuestras Riquezas Espirituales y el Plan Trinitario en Cristo

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Efesios 1:3)

Texto base: Efesios 1:1-23

Idea central: *Todo lo que necesitamos ya nos fue dado en Cristo; solo falta conocerlo y vivirlo.*

I. Saludo Apostólico y Destinatarios (vv. 1-2)

Imaginemos que alguien depositara una fortuna a nuestro nombre y no lo supiéramos: viviríamos como pobres siendo ricos. Esa es la razón de esta carta. Pablo escribe a cristianos que viven por debajo de lo que Dios les ha dado.

El apóstol se presenta como «apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios» (Efesios 1:1). Su comisión y autoridad no provienen de hombres ni de sí mismo, sino de Dios, tal como lo afirma en otra carta: «Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre alguno, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)» (Gálatas 1:1; cf. Hechos 9:15). Escribe como prisionero en Roma por causa del Evangelio y se llama a sí mismo «embajador en cadenas» (Efesios 3:1; 6:20; Hechos 28:16, 30).

La carta se dirige «a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso» (v. 1). «Santos» no describe a una clase superior de cristianos, sino a todo creyente apartado y consagrado para pertenecer a Dios: «a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos» (1 Corintios 1:2). «Fieles» destaca a quienes han depositado su confianza en Cristo y permanecen constantes: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10). Pablo había enseñado en Éfeso cerca de tres años (Hechos 19:8-10; 20:31), de modo que se dirige a una iglesia muy querida.

El saludo es «gracia y paz» (v. 2). La gracia es el favor inmerecido de Dios (Efesios 2:8; Tito 2:11), y la paz es la reconciliación con Él y la armonía espiritual que de ella se deriva (Romanos 5:1; Colosenses 1:20). Ambas proceden de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

II. El Plan Trinitario de Bendiciones Espirituales (vv. 3-14)

Pablo inicia con un himno de alabanza: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (v. 3). Note la frase «en Cristo» (y sus equivalentes «en él» y «en el Amado»), que se repite una y otra vez en este pasaje: las bendiciones no están fuera de Cristo. ¿Cómo entramos en Él? Por la fe y el bautismo: «Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos» (Gálatas 3:26-27; cf. Romanos 6:3-4; 1 Corintios 12:13). Cada Persona de la Deidad interviene en nuestra redención.

A. Las bendiciones del Padre (vv. 4-6)

El Padre nos escogió en Cristo: «según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él» (v. 4). Dios determinó, en Cristo, un plan para salvar, y ese propósito se cumple en quienes están en Cristo (2 Timoteo 1:9; 1 Pedro 1:2, 20). Obsérvese que el propósito de la elección es la santidad y no el privilegio (Efesios 2:10; 1 Pedro 1:15-16).

Además, nos predestinó para ser adoptados: «habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (v. 5). Lo que Dios determinó de antemano fue el plan: que los redimidos en Cristo fueran sus hijos; y los que responden al Evangelio entran en ese plan (v. 13). Como hijos podemos clamar «¡Abba, Padre!» (Romanos 8:15; Gálatas 4:4-7). «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3:1).

Por último, nos aceptó: «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado» (v. 6). Somos aceptos por estar en Cristo, no por nuestros méritos (Efesios 2:8-9).

B. Las bendiciones del Hijo (vv. 7-12)

En el Hijo tenemos redención y perdón: «En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (v. 7). Redención es liberación mediante el pago de un rescate, y ese rescate fue la sangre de Cristo: «no con cosas corruptibles, como oro o plata… sino con la sangre preciosa de Cristo» (1 Pedro 1:18-19; cf. Mateo 26:28; Colosenses 1:13-14; Hebreos 9:22).

El Hijo nos dio a conocer el misterio de la voluntad de Dios: «de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos» (vv. 9-10). Un «misterio» en el Nuevo Testamento es un secreto de Dios que ahora ha sido revelado (Efesios 3:3-6; Colosenses 1:26-27), y todo converge en Cristo (Colosenses 1:19-20; Filipenses 2:9-11).

Finalmente, en Él tenemos herencia: «En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (v. 11). Somos «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Romanos 8:17), con una herencia

«incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos» (1 Pedro 1:3-4), para que vivamos «para alabanza de su gloria» (vv. 12, 14).

C. Las bendiciones del Espíritu Santo (vv. 13-14)

El texto muestra primero el proceso de la salvación: «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él…» (v. 13). Primero se oye y luego se cree: «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Romanos 10:17). Los corintios son un ejemplo: «Muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados» (Hechos 18:8; cf. Hechos 2:37-38).

Luego viene el sello divino: «fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (v. 13). El sello es una marca de propiedad, seguridad y autenticidad (2 Corintios 1:22; Efesios 4:30). La promesa fue anunciada para quienes obedecen el Evangelio: «Recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38-39; 5:32).

Por último, el Espíritu es las arras de nuestra herencia, «hasta la redención de la posesión adquirida» (v. 14). Las arras son el anticipo que garantiza el pago total: «el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones» (2 Corintios 1:22; cf. 5:5).

III. La Oración de Pablo por Iluminación y Poder (vv. 15-23)

Al oír de la fe y del amor de los efesios, Pablo no cesa «de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones» (vv. 15-16; cf. Colosenses 1:3-4, 9).

A. Petición de sabiduría e iluminación (vv. 17-19)

Pide al «Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria», que les dé «espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él» (v. 17). La sabiduría se pide a Dios (Santiago 1:5), y la revelación nos llega por su Palabra inspirada (2 Timoteo 3:16-17). Ruega también que sean «alumbrados los ojos de vuestro entendimiento» (v. 18), la misma actitud del salmista: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley» (Salmo 119:18).

El propósito es que conozcan tres realidades. La primera es la esperanza de su llamamiento, el destino celestial al que Dios nos convocó (Efesios 4:4; 1 Pedro 1:3-4; Tito 2:13). La segunda son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos: la Iglesia es la posesión preciosa de Dios (Hechos 20:28; Tito 2:14). La tercera es la supereminente grandeza de su poder, potencia ilimitada para los que creen (v. 19; cf. Efesios 3:20).

B. La demostración del poder y la supremacía de Cristo (vv. 20-23)

Ese poder operó en Cristo «cuando le resucitó de los muertos y le sentó a su diestra en los lugares celestiales» (v. 20), cumpliendo la profecía: «Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Salmo 110:1; cf. Hechos 2:32-36). Está «sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero» (v. 21; cf. Mateo 28:18; Filipenses 2:9-11; Hebreos 1:3-4).

Dios «sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo» (vv. 22-23; cf. Colosenses 1:18; Efesios 5:23). Si el mismo poder que levantó a Cristo obra a favor de los creyentes, ningún temor ni debilidad tiene la última palabra.

IV. Enfoque e Impacto para la Congregación

Esta lección nos invita a superar la escasez espiritual: a abandonar la ignorancia y la mentalidad de derrota, recordando que en Cristo poseemos un inventario inagotable de bendiciones celestiales (Efesios 1:3; 2 Pedro 1:3). «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Colosenses 3:1-2).

También nos anima a confiar en el poder de Dios. La vida cristiana no se vive en fuerzas humanas, sino respaldada por la misma energía que levantó a Cristo de la tumba (Efesios 1:19-20; Filipenses 4:13).

Preguntas de aplicación para los grupos de estudio

1. ¿Qué significa estar «en Cristo» y cómo se entra en Él? (Gálatas 3:26-27; Efesios 1:3)
2. ¿Qué hace el Padre, qué hace el Hijo y qué hace el Espíritu Santo en estos versículos? (Efesios 1:3-14)
3. ¿Cuál de las siete bendiciones (elección, adopción, aceptación, redención, revelación, herencia, sello) le parece más valiosa y por qué?
4. ¿Qué pide Pablo en su oración y por qué es lo que más necesitamos? (Efesios 1:17-19)

Invitación a continuar. *Hoy vimos lo que Dios ha hecho por nosotros. En la próxima lección (Efesios 2) veremos cómo estábamos antes y cómo la gracia de Dios nos trasladó de muerte a vida. ¡No se la pierdan!*

LECCIÓN 2

De la Muerte a la Vida: El «Poema» de Dios y la Reconciliación en un Solo Cuerpo

«Por gracia sois salvos por medio de la fe» (Efesios 2:8)

Texto base: Efesios 2:1-22

Idea central: *Estábamos muertos, pero Dios nos dio vida por gracia; y nos hizo su obra maestra, un solo cuerpo y su morada.*

I. La Condición Humana Antes de Cristo: La Tragedia de la Muerte Espiritual (vv. 1-3)

¿Puede un muerto hacer algo para volver a la vida? Pablo no habla de personas enfermas que necesitaban una ayudita, sino de muertos que necesitaban vida. Para valorar el rescate divino, comienza con un cuadro sobrio y realista de la condición del hombre sin Cristo: «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados» (Efesios 2:1).

La muerte espiritual es separación de Dios: «Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios» (Isaías 59:2; cf. Efesios 4:18). Se puede estar vivo físicamente y muerto espiritualmente: «La que se entrega a los placeres, viviendo está muerta» (1 Timoteo 5:6). Así lo expresó el padre del hijo pródigo: «Este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado» (Lucas 15:24). Un enfermo puede colaborar con su tratamiento, pero un cadáver no puede rescatarse a sí mismo: el pecador no necesitaba una leve mejora moral, sino una resurrección obrada por el poder de Dios (Colosenses 2:13).

Tres fuerzas lo mantenían sometido: «en los cuales anduvisteis en otro tiempo conforme a la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (v. 2). La primera es la corriente de este mundo, es decir, la presión cultural y el sistema de valores alejado de Dios (1 Juan 2:15-17; 5:19; Romanos 12:2). La segunda es el príncipe de la potestad del aire, Satanás, que opera en los hijos de desobediencia (2 Corintios 4:4; 1 Pedro 5:8). La tercera son los deseos de la carne y de los pensamientos: «entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás» (v. 3; cf. Santiago 1:14-15).

Una nota para el maestro sobre la expresión «hijos de ira por naturaleza»: Pablo habla de un estilo de vida practicado («vivimos», «haciendo»), no de una culpa heredada. Todos pecaron (Romanos 3:23), pero «el hijo no llevará el pecado del padre» (Ezequiel 18:20). Por eso «los demás» también

estaban bajo la ira de Dios.

II. El Rescate por Gracia y la Obra Maestra: El «Poema» de Dios (vv. 4-10)

El gran giro divino: «Pero Dios…» (vv. 4-7)

Frente al panorama desolador del pecado irrumpen dos de las palabras más esperanzadoras de la Escritura: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo» (vv. 4-5). Dios tomó la iniciativa: «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8; cf. Tito 3:4-5). Con Cristo fuimos vivificados, resucitados y sentados «en los lugares celestiales» (vv. 5-6), para mostrar «las abundantes riquezas de su gracia» (v. 7).

Pablo describe lo mismo con la imagen del bautismo: «Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados… os dio vida juntamente con él» (Colosenses 2:12-13; cf. Romanos 6:3-4).

Salvos por gracia mediante la fe (vv. 8-9)

«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (vv. 8-9). La salvación es un regalo inmerecido: «La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23). Las «obras» excluidas son las que pretenden ganar la salvación: «No por obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino por su misericordia nos salvó» (Tito 3:5). Esto elimina todo motivo de jactancia (Romanos 3:27).

Pero la fe que salva es una fe que obedece: «para la obediencia a la fe» (Romanos 1:5); Cristo es «autor de eterna salvación para todos los que le obedecen» (Hebreos 5:9; cf. Hechos 2:38; 22:16). Obedecer no es ganar el regalo, sino recibirlo como Dios lo ofrece.

El creyente como el «poema» de Dios (v. 10)

«Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (v. 10). El término griego traducido «hechura» es *poiema*, de donde proviene nuestra palabra «poema». Somos la obra maestra de un Artista celestial, no un producto en serie (cf. 2 Corintios 5:17). Las buenas obras no son el pago de la salvación, sino su fruto: «para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:16; cf. Tito 2:14; 3:8).

III. Reconciliación y Abolición de la Pared Divisoria (vv. 11-18)

Pablo pide a los gentiles recordar quiénes eran «en aquel tiempo»: estaban «sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (v. 12). Son cinco capas de alejamiento: sin Cristo, sin ciudadanía en Israel, sin pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios (cf. Romanos 9:4-5). Recordar de dónde nos sacó Dios produce gratitud y humildad. Pero ahora, «en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo» (v. 13).

«Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación» (v. 14). Cristo abolió en su carne «la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas» para poner fin a la enemistad (v. 15; cf. Colosenses 2:14). Una ilustración histórica ayuda a visualizarlo: en el Templo de Jerusalén, una barrera de piedra (*soreg*) separaba el atrio de los gentiles del resto, con inscripciones que advertían de pena de muerte al extranjero que la cruzara. En Hechos 21:28-29 se acusó a Pablo de introducir griegos al Templo. Cristo derribó esa barrera espiritual en la cruz (cf. Hechos 10:28).

En lugar de favorecer a un grupo sobre otro, Cristo creó «en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo» (vv. 15-16). El término griego *kainos* significa nuevo en calidad, una nueva creación y no una simple renovación (Gálatas 3:28; Colosenses 3:11). Y así, «por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre» (v. 18; cf. Isaías 57:19; Juan 14:6; Efesios 3:12).

IV. Ciudadanos del Cielo y Templo Vivo de Dios (vv. 19-22)

«Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (v. 19). Pasamos de ser forasteros (*paroikos*) a ciudadanos: «nuestra ciudadanía está en los cielos» (Filipenses 3:20). Somos también «la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente» (1 Timoteo 3:15; cf. Gálatas 6:10).

Pablo describe luego la arquitectura de este templo santo. El fundamento son los apóstoles y profetas, cuya enseñanza inspirada es la base de la iglesia (Efesios 3:5; Hechos 2:42). La piedra angular es «Jesucristo mismo» (v. 20; *akrogoniaios*), que alinea, sostiene y da estabilidad a toda la estructura (Isaías 28:16; 1 Corintios 3:11). Y el templo es vivo: «en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (vv. 21-22), porque somos «piedras vivas» de una casa espiritual (1 Pedro 2:4-6; cf. 1 Corintios 3:16).

Preguntas de aplicación para los grupos de estudio

1. ¿Comprendemos que fuimos resucitados de una muerte espiritual por pura gracia, o a veces caemos en la tentación de pensar que merecíamos la salvación por nuestra buena conducta? (Efesios 2:8-9; Tito 3:5)
2. Sabiendo que somos el «poema» o la obra maestra de Dios, ¿qué testimonio y qué buenas obras estamos proyectando en nuestro entorno cotidiano? (Efesios 2:10; Mateo 5:16)
3. ¿Existen prejuicios culturales, sociales o raciales que amenacen con levantar «paredes de separación» en nuestra congregación, o reflejamos la unidad del cuerpo reconciliado por la cruz? (Efesios 2:14-16; Gálatas 3:28)

Invitación a continuar. *Hoy vimos cómo Dios nos dio vida y nos hizo un solo cuerpo y su templo. En la próxima lección (Efesios 3) descubriremos el misterio que estuvo oculto por siglos y la oración de Pablo para que conozcamos «el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento». ¡No se la pierdan!*

LECCIÓN 3

El Misterio Revelado: El Lugar de la Iglesia en el Propósito Eterno

«A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús» (Efesios 3:21)

Texto base: Efesios 3:1-21

Idea central: *La Iglesia no es una ocurrencia tardía, sino el propósito eterno de Dios; y para vivirla necesitamos un corazón fortalecido por Cristo y arraigado en su amor.*

I. La Revelación del Misterio de Cristo (vv. 1-9)

¿Qué pasaría si un secreto guardado durante siglos se anunciara hoy a todo el mundo? Pablo escribe precisamente eso: el secreto de Dios ya fue revelado, y nosotros somos parte de él.

Pablo comienza identificándose como «prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles» (Efesios 3:1). Humanamente estaba bajo custodia romana (Hechos 28:16-20), pero se sentía prisionero de Cristo: sufría por defender que los gentiles recibieran el Evangelio sin cargarles el yugo de la ley de Moisés (Hechos 15:10-11; 22:21-22; Gálatas 5:1). Su prisión no detuvo el Evangelio: «Mis prisiones se han hecho patentes en Cristo» (Filipenses 1:12-14).

En el Nuevo Testamento, «misterio» (*musterion*) no es algo enigmático o incomprensible, sino un secreto sagrado que estuvo oculto y ahora ha sido revelado (Romanos 16:25-26; Colosenses 1:26-27). Pablo lo recibió por revelación directa: «Por revelación me fue declarado el misterio» (v. 3; cf. Gálatas 1:11-12), y fue dado a conocer «a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu» (v. 5; cf. Juan 16:13; 1 Corintios 2:10-13). Un punto clave para la clase está en el versículo 4: «leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo». Dios reveló su Palabra para que la entendamos.

¿En qué consiste el misterio? «Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio» (v. 6). Los gentiles disfrutan de una triple igualdad en Cristo. Son coherederos (*sugkleronoma*), con el mismo derecho a la herencia divina (Romanos 8:17; Gálatas 3:29); miembros del mismo cuerpo (*sussoma*), incorporados al único cuerpo de Cristo, la Iglesia (Efesios 2:16; 1 Corintios 12:13); y copartícipes de la promesa (*summetocha*), pues comparten la promesa hecha a Abraham (Génesis 12:3; Gálatas 3:8, 28-29). Todo esto llega «por medio del evangelio» (cf. Romanos 1:16; 2 Tesalonicenses 2:14), al cual el hombre responde con fe y obediencia (Hechos 10:34-35, 47-48).

Pablo reconoce que fue hecho ministro no por mérito propio: «Yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder» (v. 7). Con profunda humildad se llama «menos que el más pequeño de todos los santos» (v. 8; cf. 1 Corintios 15:9-10; 1 Timoteo 1:15-16), maravillado de poder anunciar «entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo» (v. 8). Esas riquezas no tienen fondo: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!» (Romanos 11:33).

II. La Iglesia y la Manifestación de la Multiforme Sabiduría de Dios (vv. 10-13)

Uno de los versículos más sublimes de la epístola revela el propósito de Dios: «para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales» (v. 10). La Iglesia es como una vitrina cósmica: los ángeles observan a un pueblo formado por personas de toda raza y cultura, unidas en Cristo, como prueba de la sabiduría de Dios (1 Pedro 1:12; cf. 1 Corintios 4:9). Es un gran motivo para vivir en santidad y unidad, pues el universo nos está viendo.

Esta obra no fue una improvisación ni un «plan B», sino el «propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (v. 11; *prothesis*; cf. Efesios 1:4, 9-11; 2 Timoteo 1:9). En Él tenemos «seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él» (v. 12). La palabra *parrhesia* expresa libertad y confianza para acercarnos al Padre (Hebreos 4:16; 10:19-22). Por eso Pablo pide: «que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria» (v. 13), pues sus sufrimientos trajeron el Evangelio a los gentiles (Colosenses 1:24; 2 Timoteo 2:10).

III. La Oración por Fortalecimiento en el Hombre Interior (vv. 14-21)

Retomando la oración que había comenzado en el versículo 1 («por esta causa», vv. 1 y 14), el apóstol se postra en ferviente intercesión: «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (vv. 14-15). Doblar las rodillas expresa reverencia, humildad y sumisión ante el Creador (Salmo 95:6; Lucas 22:41; Hechos 20:36; Filipenses 2:10).

Su oración contiene cinco peticiones. La primera es el fortalecimiento interior: «que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu» (v. 16; *dunamis*). «Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día» (2 Corintios 4:16). La Palabra de Dios es el instrumento de ese fortalecimiento: «a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros» (Hechos 20:32; cf. Colosenses 1:11).

La segunda petición es la morada permanente de Cristo: «para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (v. 17). El verbo *katoikeo* significa establecerse y hacer residencia permanente, no una visita pasajera (cf. Gálatas 2:20; Juan 14:23). La tercera es estar arraigados y cimentados en amor: «a fin de que, arraigados y cimentados en amor» (v. 17). Es una doble metáfora, agrícola (un árbol firme; Salmo 1:3; Colosenses 2:6-7) y arquitectónica (un edificio estable; Mateo 7:24-25), donde el amor es la tierra y el cimiento de la vida cristiana (1 Juan 4:7-8, 16).

La cuarta petición es comprender las dimensiones del amor: «seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (vv. 18-19). Fíjese en las palabras «con todos los santos»: esto se comprende en comunidad. Una manera de visualizarlo es pensar en un amor de anchura para todo el mundo (Juan 3:16), de longitud que se extiende por la eternidad (Salmo 103:17), de profundidad que alcanza al pecador en el pozo más hondo (Romanos 5:8) y de altura que nos exalta a los lugares celestiales (Efesios 2:6). Pablo no explica cada dimensión; su propósito es mostrar la inmensidad de un amor que nada puede separar (Romanos 8:35-39; 1 Juan 4:9-10).

La quinta petición es la plenitud divina: «para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (v. 19; *pleroma*). Es un crecimiento hacia la madurez en Cristo (Efesios 4:13; cf. Colosenses 2:9-10).

La oración desemboca en una de las doxologías más elevadas del Nuevo Testamento: «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén» (vv. 20-21). Es el mismo poder que levantó a Cristo (Efesios 1:19-20; cf. Judas 24-25; Romanos 16:27), y la gloria de Dios se manifiesta «en la iglesia»: por eso la Iglesia importa.

Preguntas de aplicación para los grupos de estudio

1. ¿Reconocemos que la Iglesia no es un edificio físico ni una organización humana, sino el propósito eterno de Dios para manifestar su sabiduría ante el universo? (Efesios 3:10-11; 1 Timoteo 3:15)
2. ¿En qué aspectos prácticos de nuestra vida diaria necesitamos pedir que el Espíritu Santo fortalezca nuestro «hombre interior» para no desmayar ante las tribulaciones? (Efesios 3:16; 2 Corintios 4:16-18; Hechos 20:32)
3. Sabiendo que Cristo desea hacer de nuestro corazón su morada permanente, ¿hay actitudes o pensamientos que debamos despojar para que Él se sienta en su casa? (Efesios 3:17; 2 Corintios 13:5; Colosenses 3:5-10)

Invitación a continuar. *Hoy vimos el propósito eterno de Dios en la Iglesia y la oración de Pablo por un corazón fortalecido. En la próxima lección (Efesios 4) comienza la sección práctica de la carta: «Andad como es digno de la vocación con que fuisteis llamados», los «siete unos», los dones para edificar el cuerpo y el vestirnos del nuevo hombre. ¡No se la pierdan!*

LECCIÓN 4

La Unidad del Espíritu, la Madurez del Cuerpo y el Vestuario del Nuevo Hombre

«Andad como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Efesios 4:1)

Texto base: Efesios 4:1-32

Idea central: *Quien ha recibido tanto de Dios debe vivir de manera digna: unidos en la verdad, sirviendo con los dones recibidos y revestidos del nuevo hombre.*

I. Las Bases para la Unidad y los «Siete Unos» (vv. 1-6)

Si alguien nos observara toda una semana, ¿vería en nosotros lo que dice la doctrina que somos? Los capítulos 1 al 3 nos mostraron lo que Dios hizo; el capítulo 4 nos muestra cómo se ve esa fe en la vida diaria.

Pablo inicia la sección práctica de la carta con un ruego: «Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Efesios 4:1; cf. 3:1; 6:20). Este versículo es el puente entre la posición doctrinal en los cielos (capítulos 1 al 3) y el deber en la tierra (capítulos 4 al 6). «Andar» significa conducta diaria (cf. Colosenses 1:10; 1 Tesalonicenses 2:12).

La unidad se preserva con actitudes concretas: «con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (vv. 2-3). No surge por casualidad; requiere esfuerzo diligente (*spoudazo*) y cuatro virtudes: la humildad (*tapeinophrosyne*), que reconoce las propias limitaciones y valora a los demás (Filipenses 2:3-4); la mansedumbre (*prautes*), que mantiene el poder y el carácter bajo el control de Dios (Gálatas 5:22-23; Mateo 11:29); la paciencia (*makrothumia*), que soporta activamente en amor (Colosenses 3:12-13); y la solicitud por guardar el vínculo de la paz (Romanos 14:19; Salmo 133:1). Es la unidad que Cristo pidió: «para que todos sean uno… para que el mundo crea» (Juan 17:20-21; cf. 1 Corintios 1:10). Nótese que se trata de guardar una unidad que el Espíritu ya produjo mediante la verdad revelada, no de inventarla a costa de la doctrina.

Esa unidad descansa sobre siete pilares: «Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos» (vv. 4-6). Un cuerpo es la única Iglesia que Cristo estableció (Efesios 1:22-23; Colosenses 1:18; 1 Corintios 12:12-13). Un Espíritu es el Espíritu Santo, que da vida y unidad al cuerpo (1 Corintios 12:4, 13; Hechos 5:32). Una misma

esperanza es la resurrección y la vida eterna con Dios (Tito 2:13; 1 Pedro 1:3-4; Colosenses 1:5). Un Señor es Jesucristo, única Cabeza y autoridad suprema (Hechos 2:36; Filipenses 2:9-11; Mateo 28:18). Una fe es el conjunto de la verdad revelada en el Evangelio (Judas 3; Gálatas 1:8-9). Un bautismo es el bautismo en agua, sepultura con Cristo para el perdón de los pecados (Hechos 2:38; Romanos 6:3-4; Colosenses 2:12; Mateo 28:19). Y un Dios y Padre de todos es el Diseñador supremo (1 Corintios 8:6; Deuteronomio 6:4).

II. Los Dones Ministeriales para la Madurez de la Iglesia (vv. 7-16)

«Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo» (v. 7). Pablo cita el Salmo 68:18: «Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres» (v. 8). Cristo es el Rey victorioso que descendió (Filipenses 2:5-8) y ascendió «por encima de todos los cielos para llenarlo todo» (v. 10; cf. Hechos 1:9-11). Cada miembro tiene un don para servir: «cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros» (1 Pedro 4:10; cf. Romanos 12:4-8; 1 Corintios 12:4-7).

Entre esos dones Cristo constituyó ministerios de edificación: «Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros» (v. 11). Los apóstoles y profetas fueron puestos fundacionales con revelación directa para establecer el cimiento del Nuevo Testamento (Efesios 2:20; 3:5; Judas 3). Los evangelistas son proclamadores continuos de las buenas nuevas (Hechos 21:8; 2 Timoteo 4:5). Los pastores y maestros velan, alimentan, protegen e instruyen a las congregaciones locales (Hechos 20:28; 1 Pedro 5:1-4; Tito 1:5-9; 2 Timoteo 2:2).

El propósito es «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (v. 12). La palabra *katartismos* significa equipar, dejar completamente preparado: los líderes no hacen todo el trabajo, sino que equipan a todos los santos para servir (cf. 2 Timoteo 3:16-17). La meta es «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (v. 13), «para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres» (v. 14; cf. Hebreos 5:12-14; 2 Timoteo 4:3-4; Hechos 17:11).

La dinámica de crecimiento es esta: «siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo» (v. 15). Cada miembro actúa como una coyuntura activa: «todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (v. 16; cf. 1 Corintios 12:14-27).

III. El Vestuario del Nuevo Hombre y la Transformación Práctica (vv. 17-32)

El diagnóstico de la vida sin Cristo (vv. 17-19)

Pablo declara solemnemente: «Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente» (v. 17). La mente sin Dios se caracteriza por la vanidad y el entendimiento entenebrecido, es decir, pensamientos vacíos y ceguera espiritual ante la verdad (Romanos 1:21-22; 2 Corintios 4:4); por la dureza de corazón y la ignorancia, un callo espiritual por resistir continuamente a Dios (Hebreos 3:13); y por la insensibilidad y la lascivia: «después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza» (v. 19; cf. 1 Timoteo 4:2).

El proceso de renovación espiritual (vv. 20-24)

«Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús» (vv. 20-21). Convertirse exige un cambio de vestuario espiritual en tres pasos. El primero es despojarse del viejo hombre (*apotithemi*): «en cuanto a vuestra pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos» (v. 22; cf. Colosenses 3:8-9; Romanos 6:6), como quien se quita una ropa sucia e inservible. El segundo es renovarse en el espíritu de la mente (*ananeousthai*), un proceso continuo por medio de la verdad (v. 23; cf. Romanos 12:2; 2 Corintios 4:16). El tercero es vestirse del nuevo hombre (*endyo*): «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad» (v. 24; cf. Gálatas 3:27; Colosenses 3:10, 12).

Siete manifestaciones concretas de la nueva vida (vv. 25-32)

La vestidura del nuevo hombre se demuestra con hechos visibles en las relaciones cotidianas. Primero, desechar la mentira y hablar la verdad: «Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros» (v. 25; cf. Zacarías 8:16; Colosenses 3:9). La mentira destruye el cuerpo. Segundo, controlar el enojo: «Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo» (vv. 26-27; cf. Salmo 4:4; Santiago 1:19-20; Proverbios 15:1). Se permite la indignación justa contra el mal, pero sin pecar ni dar terreno al diablo.

Tercero, reemplazar el robo por el trabajo generoso: «El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad» (v. 28; cf. 1 Tesalonicenses 4:11-12; Hechos 20:35). Cuarto, dominar la lengua: «Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes» (v. 29). La palabra «corrompida» (*sapros*) se usa para lo podrido (cf. Colosenses 4:6; Santiago 3:5-10).

Quinto, ser sensibles al Espíritu Santo: «Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (v. 30; cf. Efesios 1:13-14; Isaías 63:10; 1 Tesalonicenses 5:19). Lo entristecemos cuando rechazamos la verdad que Él reveló y vivimos en pecado. Sexto, erradicar el veneno relacional: «Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia» (v. 31; cf. Hebreos 12:15; Colosenses 3:8). Y séptimo, cultivar la semejanza divina: «Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo» (v. 32; cf. Colosenses 3:12-13; Mateo 6:14-15; 18:21-35).

Preguntas de aplicación para los grupos de estudio

1. ¿Estamos promoviendo activamente la unidad de la iglesia mediante la humildad, la mansedumbre y la paciencia, o nos enfocamos en diferencias secundarias que generan división? (Efesios 4:2-3; Romanos 14:19; 1 Corintios 1:10)
2. Sabiendo que Cristo capacitó a la iglesia con dones para que cada miembro trabaje, ¿cuál es el ministerio o servicio específico que estás desempeñando para edificar a tus hermanos? (Efesios 4:12, 16; 1 Pedro 4:10)
3. Al evaluar nuestro vocabulario y nuestras emociones, ¿hay palabras corrompidas, mentiras o enojos guardados que estén contristando al Espíritu Santo y que necesitemos despojar hoy mismo? (Efesios 4:25-32; Colosenses 3:8)

Invitación a continuar. *Hoy vimos cómo vivir dignamente: en unidad, en servicio y con un nuevo estilo de vida. En la próxima lección (Efesios 5) seguiremos andando: en amor, en luz y en sabiduría, y veremos cómo se refleja esa vida en el hogar cristiano. ¡No se la pierdan!*

LECCIÓN 5

Andar como Hijos de Luz y la Gloria de Cristo en la Familia Cristiana

«Andad como hijos de luz» (Efesios 5:8)

Texto base: Efesios 5:1–6:4

Idea central: *Los hijos de Dios imitan a su Padre: andan en amor y en luz, viven con sabiduría y reflejan el amor de Cristo en el hogar.*

I. El Llamado a Ser Imitadores de Dios y Andar en Amor y Luz (vv. 1-14)

¿A quién se parecen los niños cuando crecen? Casi siempre a quienes los criaron. Pablo nos recuerda que somos hijos amados y que, por eso, debemos parecernos a nuestro Padre celestial: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante» (Efesios 5:1-2). La palabra griega para imitador es *mimetes* (de ella viene «mímica»): un hijo amado observa y reproduce la conducta de su padre (cf. Mateo 5:44-48; 1 Pedro 1:15-16). El patrón del amor es Jesucristo, que se entregó por nosotros (Juan 13:34; 1 Juan 4:10-11).

La vida en amor exige descartar lo incompatible con la santidad: «Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos» (v. 3). Se trata de la fornicación (*porneia*), de toda inmundicia y de la avaricia, que Pablo identifica con la idolatría (v. 5; cf. Colosenses 3:5; 1 Corintios 6:18; Hebreos 13:4). También se cuida el uso de la boca: «ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias» (v. 4). Una nota para el maestro: *eutrapelia* se refiere aquí a bromas groseras o de doble sentido; no se condena la alegría sana (cf. Proverbios 17:22). El criterio es la edificación y la gratitud (Efesios 4:29; Mateo 12:36).

La advertencia es sobria: «ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios» (v. 5; cf. 1 Corintios 6:9-11; Gálatas 5:19-21). «Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos» (vv. 6-7).

Luego Pablo contrasta tinieblas y luz: «Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz» (v. 8; cf. 1 Tesalonicenses 5:5-8; 1 Pedro 2:9). El fruto de la luz se manifiesta «en toda bondad, justicia y verdad» (v. 9). Una nota textual: la RVR1960 dice «fruto del Espíritu», pero muchos manuscritos leen «fruto de la luz», que encaja mejor con el contexto (cf. Gálatas 5:22-23). Los creyentes viven «comprobando lo que es agradable al Señor» (v. 10; cf.

Romanos 12:2; 1 Tesalonicenses 5:21).

No hay lugar para la complicidad: «No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas» (v. 11). Reprender significa exponer y poner en evidencia, con una vida y una palabra de verdad (Juan 3:19-21; Mateo 5:14-16). El pasaje culmina con un llamado evangelístico: «Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo» (v. 14), que recuerda a Isaías 60:1 (cf. Romanos 13:11-12; 1 Corintios 15:34; Juan 8:12).

II. Andar como Sabios y la Llenura del Espíritu Santo (vv. 15-20)

«Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (vv. 15-16). Mirar con diligencia (*akribos*) es hacerlo con exactitud y cuidado. Redimir el tiempo (*exagorazo*) es «comprar la oportunidad», rescatar el tiempo en días moralmente malos (Colosenses 4:5; Salmo 90:12). Y el discernimiento exige entender cuál es la voluntad del Señor (v. 17), que se conoce en su Palabra (Salmo 119:105; 2 Timoteo 3:16-17; Santiago 1:5).

Frente a la embriaguez, Pablo ordena: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu» (v. 18). La disolución (*asotia*) es la vida desenfrenada y sin control (cf. Proverbios 23:29-35; Romanos 13:13; 1 Pedro 4:3-4). «Sed llenos» (*plerousthe*) es un mandato continuo: mantened vuestra llenura. El texto paralelo dice: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros» (Colosenses 3:16-17); la vida llena del Espíritu es la vida gobernada por su Palabra revelada.

Esa llenura tiene tres evidencias tangibles. La primera es la comunión gozosa: «hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones» (v. 19; cf. Colosenses 3:16). La segunda es la gratitud constante: «dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (v. 20; cf. 1 Tesalonicenses 5:18). La tercera es el sometimiento mutuo: «sometiéndoos unos a otros en el temor de Dios» (v. 21; la RVR1960 dice «de Dios», otros manuscritos «de Cristo»; cf. Filipenses 2:3-4; 1 Pedro 5:5).

III. El Orden Divino en el Matrimonio Cristiano (vv. 21-33)

El matrimonio cristiano no es un simple contrato civil, sino una representación viviente del pacto entre Cristo y su Iglesia. Todo parte del versículo 21: sometimiento mutuo en el temor de Dios.

El deber de las esposas: sujeción y respeto (vv. 22-24, 33)

«Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo» (vv. 22-24; cf. Colosenses 3:18; 1 Pedro 3:1-2). «Y la mujer respete a su marido» (v. 33). En el griego, el versículo 22 toma el verbo «sometiéndoos» del versículo 21: la sujeción es un orden de amor y armonía, no de inferioridad. Hombre y mujer son iguales en valor ante Dios (Gálatas 3:28; 1 Pedro 3:7), y Cristo mismo se sujetó al Padre siendo igual a Él (Filipenses 2:5-8; 1 Corintios 11:3).

El deber de los esposos: amor sacrificial y cuidado (vv. 25-33)

Al varón se le impone el estándar más elevado: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (v. 25; cf. Colosenses 3:19; 1 Pedro 3:7). Ser cabeza es servir y entregarse: el modelo de Cristo es la cruz y el lavamiento de pies (Juan 13:1-17; Marcos 10:42-45). El propósito de ese amor es «para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (vv. 26-27; cf. Tito 3:5; Hechos 22:16).

El esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo: «El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia» (vv. 28-29). Y concluye: «cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo» (v. 33).

El gran misterio (vv. 30-32)

Pablo cita Génesis 2:24: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne» (v. 31; cf. Mateo 19:4-6). Y revela: «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia» (v. 32). Como en la Lección 3, el «misterio» es una verdad que estuvo oculta y ahora se revela: el diseño original del matrimonio apuntaba a la unión entre Cristo y la Iglesia.

IV. El Orden Divino entre Padres e Hijos (Efesios 6:1-4)

A los hijos Pablo les dice: «Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo» (6:1; cf. Colosenses 3:20; Proverbios 1:8; Lucas 2:51). Y añade: «Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra» (vv. 2-3; cf. Éxodo 20:12; Deuteronomio 5:16). Honrar implica valorar, respetar y cuidar a los padres en todo tiempo (Proverbios 23:22; 1 Timoteo 5:4).

A los padres les ordena: «no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor» (v. 4; cf. Colosenses 3:21). No provocar a ira es evitar la severidad

excesiva, las injusticias y los regaños caprichosos, que desaniman a los hijos. La disciplina (*paideia*) es la instrucción formativa (cf. Hebreos 12:5-11; Proverbios 22:6), y la amonestación (*nouthesia*) es la corrección y el consejo verbal. La instrucción comienza en casa: «Las repetirás a tus hijos» (Deuteronomio 6:6-7).

Preguntas de aplicación para los grupos de estudio

1. ¿Reflejan nuestras palabras y conversaciones cotidianas la gratitud de un corazón lleno del Espíritu Santo, o damos lugar a chistes impropios, quejas o palabras deshonestas? (Efesios 5:4, 18-20; Colosenses 3:16-17)
2. En el matrimonio, ¿estamos buscando competir por el control o estamos aplicando el modelo de Cristo (amor sacrificial en el esposo y sujeción y respeto amoroso en la esposa)? (Efesios 5:21-33; 1 Pedro 3:1-7)
3. Como padres, ¿estamos instruyendo a nuestros hijos con la paciencia y disciplina del Señor, o caemos en reacciones injustas que los provocan a ira y desánimo? (Efesios 6:4; Colosenses 3:21; Deuteronomio 6:6-7)

Invitación a continuar. *Hoy vimos cómo andar en amor, en luz y en sabiduría, y cómo se refleja en el hogar. En la próxima y última lección (Efesios 6:5-24) veremos la relación entre siervos y amos, y la armadura de Dios: cómo resistir en el día malo. ¡No se la pierdan!*

LECCIÓN 6

Relaciones de Servidumbre, la Armadura de Dios y el Ejército de Cristo

«Fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza» (Efesios 6:10)

Texto base: Efesios 6:5-24

Idea central: *El creyente sirve a Cristo en su trabajo y se mantiene firme en la batalla espiritual, vestido con la armadura de Dios y sostenido por la oración.*

I. Responsabilidades en el Ámbito Laboral: Servidumbre y Autoridad (vv. 5-9)

¿Alguna vez han sentido que la vida cristiana es una batalla? Pablo cierra su carta confirmando que sí lo es, pero con una buena noticia: Dios nos dio todo el equipo necesario para vencer. Antes de llegar a ello, el apóstol muestra que la fe cristiana transforma cada rincón de la vida, incluido el lugar de trabajo.

Una nota para el maestro: Pablo habla a siervos (*douloi*, esclavos) y a amos en el contexto del mundo romano. Su enseñanza apunta a la transformación del corazón y debilita las bases mismas de la esclavitud: el amo debe tratar al siervo como a un «hermano amado» (Filemón 15-16; Gálatas 3:28; 1 Timoteo 1:10). Los principios aplican hoy a toda relación laboral.

A los siervos les dice: «Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo» (v. 5; cf. Colosenses 3:22; 1 Pedro 2:18; Tito 2:9-10). Rechaza la hipocresía: «no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios» (v. 6); la ética cristiana no simula trabajo cuando solo hay supervisión. Y promete recompensa: «sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre» (vv. 7-8; cf. Colosenses 3:23-24).

A los amos les ordena: «haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas» (v. 9; cf. Colosenses 4:1; Santiago 5:4; Romanos 2:11; Deuteronomio 10:17). Patrono y empleado tienen un solo Señor.

II. La Realidad de la Batalla Espiritual y el Enemigo Invisible (vv. 10-12)

Pablo introduce la recta final de la epístola con un llamado: «Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza» (v. 10; cf. 2 Timoteo 2:1; Efesios 1:19-20). El creyente no pelea con sus frágiles fuerzas humanas, sino con la fuerza del Señor: «Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4).

«Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (v. 11). Las asechanzas (*methodeia*) son trucos, trampas y artimañas sutiles (cf. 2 Corintios 2:11; 11:14; 1 Pedro 5:8-9), y la *panoplia* es el equipo completo del soldado: no basta con tomar una pieza.

Y define la naturaleza del conflicto: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (v. 12; cf. 2 Corintios 10:3-5). La batalla decisiva no es contra las personas que nos rodean, sino contra fuerzas espirituales organizadas de maldad: principados (*arche*) y potestades (*exousia*), jerarquías de dominio espiritual (cf. Efesios 1:21; 3:10); gobernadores de las tinieblas de este siglo, poderes malignos que influyen sobre un mundo cegado por el pecado (cf. Efesios 2:2; 2 Corintios 4:4); y huestes espirituales de maldad, fuerzas que atacan la mente, el corazón y las convicciones del pueblo de Dios. Pero Cristo ya triunfó sobre ellas (Colosenses 2:15; Juan 16:33).

III. La Armadura Completa de Dios (vv. 13-17)

«Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes» (v. 13). Fíjese en que Pablo repite el mandato de estar firmes (vv. 11, 13, 14): el objetivo es resistir (cf. Santiago 4:7). Seis piezas componen la armadura.

La primera es el cinturón de la verdad: «ceñidos vuestros lomos con la verdad» (v. 14). Ceñir los lomos da firmeza y libertad de movimiento, y la verdad protege contra las mentiras de Satanás, «padre de mentira» (Juan 8:44): «Tu palabra es verdad» (Juan 17:17; cf. Salmo 119:160; Juan 8:32). La segunda es la coraza de justicia: «y vestidos con la coraza de justicia» (v. 14). Cubre el pecho y el corazón contra los golpes mortales del pecado (Isaías 59:17; 1 Tesalonicenses 5:8), e incluye la justicia que recibimos en Cristo (Filipenses 3:9) y la conducta recta que de ella se deriva: «el que hace justicia es justo» (1 Juan 3:7; cf. Proverbios 4:23).

La tercera es el calzado del evangelio de la paz: «y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz» (v. 15). El «apresto» es preparación y disposición: un calzado firme para sostenerse en la línea de batalla y salir a proclamar las buenas nuevas (Isaías 52:7; Romanos 10:15; 1 Pedro 3:15). El Evangelio nos da paz con Dios (Romanos 5:1; Efesios 2:14-17). La cuarta es el escudo de la fe: «sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del

maligno» (v. 16). Es el escudo grande (*thureos*) que cubre todo el cuerpo; los dardos de fuego son flechas incendiarias de duda, desánimo, temor y tentación. La fe viene de la Palabra (Romanos 10:17), y «esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4; cf. 1 Pedro 5:9; Mateo 4:1-11).

La quinta es el yelmo de la salvación: «y tomad el yelmo de la salvación» (v. 17). Protege la cabeza y los pensamientos contra la desesperación y el miedo a la muerte; Pablo lo llama «la esperanza de salvación» (1 Tesalonicenses 5:8; cf. Tito 2:13; Isaías 59:17). La sexta es la espada del Espíritu: «y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (v. 17). Es la única arma ofensiva de la lista, pues las demás protegen. La Palabra es «viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos» (Hebreos 4:12), y es «del Espíritu» porque Él la inspiró (2 Pedro 1:21; 1 Corintios 2:13; 2 Timoteo 3:16-17). Jesús la usó en el desierto: «Escrito está» (Mateo 4:4, 7, 10).

IV. La Comunicación con el Cuartel General: Oración y Despedida (vv. 18-24)

Ninguna armadura es efectiva sin comunicación con el Cuartel General: «orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos» (v. 18). «Orad sin cesar» (1 Tesalonicenses 5:17; cf. Lucas 18:1; Colosenses 4:2), y «velad y orad, para que no entréis en tentación» (Mateo 26:41). Orar «en el Espíritu» es hacerlo conforme a la voluntad que el Espíritu reveló (1 Juan 5:14; Romanos 8:26-27; Judas 20). Y «por todos los santos» porque la batalla se pelea en comunidad (1 Timoteo 2:1-2; Santiago 5:16).

Pablo pide oración también para sí mismo, no para ser librado de sus cadenas, sino «a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de ello, como debo hablar» (vv. 19-20; cf. Colosenses 4:3-4; Hechos 4:29-31; 2 Tesalonicenses 3:1; Filipenses 1:12-14, 20). La palabra *parrhesia* expresa denuedo y valentía. Se llama «embajador» (2 Corintios 5:20), cuyo mensaje es el «misterio» revelado (cf. Efesios 3:3-6).

Envía a Tíquico: «todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor… para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones» (vv. 21-22; cf. Colosenses 4:7-8; Hechos 20:4). Y cierra con una bendición: «Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo. La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén» (vv. 23-24). La carta se abre con «gracia y paz» (1:2) y se cierra con paz y gracia; y el amor a Cristo se muestra obedeciéndole (Juan 14:15).

Preguntas de aplicación para los grupos de estudio

1. ¿Estamos realizando nuestras labores profesionales u ocupaciones diarias con sencillez de corazón «como sirviendo a Cristo», o caemos en la tentación de «servir al ojo» solo para complacer a los hombres? (Efesios 6:5-8; Colosenses 3:23-24)
2. Al evaluar nuestra vida cotidiana, ¿reconocemos que nuestras luchas reales son contra fuerzas espirituales de maldad y no contra personas de carne y hueso? (Efesios 6:12; 2 Corintios 10:3-5)
3. De las seis piezas de la armadura divina, ¿cuál necesitamos reforzar más hoy para apagar los «dardos de fuego» de duda o tentación que el diablo arroja contra nosotros? (Efesios 6:14-17; 1 Pedro 5:8-9)

Invitación a continuar. *Efesios nos llevó de las riquezas en Cristo (capítulo 1) a la victoria en Cristo (capítulo 6): la gracia que nos dio vida (capítulo 2), el misterio revelado (capítulo 3), la unidad y el nuevo hombre (capítulo 4), el andar en amor y luz, y el hogar (capítulo 5), y la armadura de Dios (capítulo 6). Los invitamos a recordar su versículo favorito de la serie y a poner en práctica una cosa esta semana, y los animamos a seguir estudiando juntos la Palabra de Dios.*